

» — ¡Fuera! ¡Fuera! exclamaban las gentes indignadas.

» Entonces comprendí la magnitud de mi peligro. Por un lado la indignación de tanta gente. Por otro los agentes de la autoridad, que me tomarían por un ebrio.

» No tenía más remedio que la fuga.

» — Y en último término, decía yo, apenas estuve dentro de mi casa, yo no he calumniado á nadie: sólo he dicho la verdad.

» — Y me contestaba con mucha razón, por hármelo oído alguna vez uno de mis loros:

» Juan, tú no puedes vivir entre la gente.

» — Señor, decía yo casi desesperado, ¿los locos, serán cuerdos que piensan en alta voz? ¿Estaré loco? »

V.

« Á espaldas de un cementerio próximo á mi casa veía pasar todas las tardes una joven enlutada; su traje era modesto: en Madrid y en un paseo, acaso no hubiera reparado en su belleza, pero en aquella soledad, su hermosura, libre de concurrencia, me parecía extraordinaria. Era la única mujer que estaba al alcance de mis gemelos de teatro; porque aunque alguna vez cruzaban por la vereda de las tierras inmediatas. criaturas de su sexo, pertenecían á esa que nuestros sentidos juzgan raza híbrida, porque el trabajo y la miseria borran de los ros-

tros la líneas suaves que caracterizan la belleza femenil: raza que pasa repentinamente de la infancia á la vejez.

» ¿Quién será esa desconocida? me preguntaba todas las tardes, observándola desde mi balcón detenidamente. Y era tal la costumbre y mi necesidad de verla, que me irritaba contra las nubes cuando, agolpándose en el cielo, amenazaban privarme de ese placer sencillo.

» ¿Me estaré enamorando de esa joven? me decía no sin alarma una tarde en que, maquinalmente, me encontré en medio del campo, siguiendo el camino por donde siempre se ocultaba. Volví el rostro hacia mi casa y encontré á mi criado parado á pocos pasos de mí, el cual me miraba sonriendo.

» — ¡Tunante! ¿me espías? le dije con aire colérico, usando el alfabeto mímico.

» — No señor, me contestó de viva voz y sin reprimir su sonrisa. Quería darle á usted noticias de esa señorita.

» — ¿Quién es? le dije sin pedirle cuentas ya de su espionaje, más antiguo de lo que hubiera sospechado.

» — No le conviene á usted, replicó con acento humilde.

» — ¿Cómo se llama?

» — Sofía. Al notar que usted la miraba con tanto interés la he seguido, y me he enterado de su estado y su familia: es soltera y pobre: vive con una hermana de su padre, empleado subalterno de provincia, que no puede mantenerla: la familia es muy

honrada; pero esa joven tiene un defecto horrible.

» — ¡Habla! le dije, apretándole con fuerza la mano, al ver que se detenía.

» — Es sordo-muda. »

VI.

« Al día siguiente la esperé junto al cementerio. ¡Qué emoción tan dulce la mía al acercarme á aquella joven con la seguridad con que en otro tiempo me aproximaba á las mujeres! Para Sofía yo era un hombre sin defectos. Mis manos sólo expresarían sencillas ideas de amor, como si me valiese de la pluma; el cielo me enviaba aquella mujer, que podía ser mi compañera, y vivir siempre á mi lado sin penetrar en el misterio de mi pensamiento.

» El idioma mímico necesita laconismo y precisión. Una declaración en los términos usuales sería interminable entre dos amantes mudos.

» — Amo á usted, dije por señas á Sofía, deteniéndola. Sé su nombre y posición. Vivo encerrado y solo. Puede usted hacerme feliz. ¿Quiere usted que seamos amigos?

» — Esperé con verdadera ansiedad su respuesta. Sofía me miró sonriéndose, y contestó:

» — Las amistades se forman poco á poco. Sólo puedo decirle que privada por mi defecto de todo trato, me agrada conversar con quien me entiende.

» Aquel día no fué Sofía más explícita, aunque estuvimos hablando por signos cerca de una hora.

Me prometió volver todas las tardes, y cumplió su ofrecimiento.

» Era indudablemente la mujer que me convenía. Sus ojos negros y tristes me miraban con amorosa melancolía, bañándose en cariño. Comprendía con extraordinaria rapidez, y existía entre ambos tal corriente simpática, que su rostro se alegraba y entristecía según eran risueñas ó desagradables mis ideas.

» — Es preciso casarnos, la dije un día. — No, contestó inmediatamente. — ¿Dices que me quieres? — Mucho. — ¿Por qué te opones? — Yo no te convengo: debemos separarnos.

» Y se le saltaban las lágrimas al decirlo.

» Duró la lucha mucho tiempo. Comprendía que mi riqueza era el inconveniente en que su orgullo tropezaba. Entonces la revelé mi defecto y la necesidad en que me hallaba.

» — Ser mi mujer equivale á un sacrificio, le decía. Es renunciar al mundo y vivir en clausura. ¿Quieres ayudarme á soportar esta vida solitaria?

» — Sí, contestó por fin ante aquellos argumentos: me necesitas y voy á ser tu compañera.

» Mi corazón estallaba de júbilo: el tañido de una campana en la capilla del cementerio, y el canto de los sacerdotes que acompañaban un cadáver, no fué bastante á reprimir la explosión de mi alegría. »

VII.

« No puedes imaginarte las precauciones y el misterio de que hube de rodearme para la celebración del matrimonio, ni mi reconcentración de espíritu para no interrumpir la ceremonia; sólo pude conseguirlo repitiendo constantemente las palabras del sacerdote; pero mis apuros habían sido mayores al confesarme. Cuando todo terminó, y los escasos concurrentes desaparecieron, éstos no abandonaron mi casa sin oír con asombro estas palabras: — ¡Gracias á Dios que me dejan ustedes solo!

» ¡ Qué época tan feliz en mi vida, la de los primeros meses de casado! Sofía sólo tenía para mí sonrisas y caricias: alguna que otra vez únicamente temblaba, y decía tapándome la boca:

» Procura distraerte: conozco en el movimiento de tus labios que hablas alto, y tus ojos me dicen que te estás poniendo triste.

» Su mirada penetrante me espiaba, adivinándome algunos pensamientos: mis ratos de mal humor eran escasos, porque su compañía me hacía feliz: durante cinco años había vagado solitario por aquellas anchas habitaciones, y entonces tenía siempre al lado mío una mujer prodigándome cuidados, acompañándome siempre, y cuya mano cariñosa me apretaba la frente mientras sus ojos me miraban con dulce compasión á cada ráfaga de melancolía ó de tristeza.

» Hallan algunos placer en la variedad tumultuosa: yo prefiero la apacible monotonía de la felicidad que se refugia dentro del hogar doméstico; aquellos gozes aturden y gastan: el otro da serenidad al pensamiento y prolonga la existencia. Yo estaba cansado de luchas con los hombres y conmigo mismo, y me entregaba con encanto á las delicias del sosiego. Nunca he pensado menos, ni sentido más, que entonces.

» Un incidente extraño alteró la calma patriarcal que disfrutábamos. La curiosidad de mi criado se había hecho excesivamente molesta. Atribuyéndola al aislamiento de aquel pobre hombre, toleraba con resignación su impertinente vigilancia. Sin embargo, aquel ojo situado constantemente en el agujero de la llave empezó á serme insoportable, y espiando á mi criado le sorprendí cuando se hallaba de centinela, asiéndole sin compasión de los cabellos.

» Cerré los ojos con espanto. El cráneo de aquel infeliz había quedado pendiente de mis dedos. Cuando miré á su cabeza, creyendo encontrar un cerebro desnudo y palpitante, mi sorpresa aún fué mayor al reconocer la calva de mi primer criado, de Francisco.

» — ¡ Perdón, señor! exclamó cayendo de rodillas: la fidelidad me hizo adoptar este disfraz, no pudiendo resignarme á dejar su servicio.

» Fui inflexible á pesar de los ruegos de Sofía, á quien pidió intercediese para que no le despidieran.

» Sin embargo, cuando Francisco salió de casa, Sofía se arrojó en mis brazos, y me dijo después con señales de terror:

» — Has hecho bien en alejar á ese hombre : guárdate de él constantemente.

» La contradicción de Sofía y la intervención de Francisco en mis amores, nublaron mi espíritu de dudas.

» Sofía lo conoció y rompió á llorar amargamente. »

VIII.

« — Juan, me decía algunos meses después mi pobre mujer, en su idioma silencioso, ¿ pensará también alto nuestro hijo ?

» No contesté, pero aquella pregunta me dejó preocupado. — ¿ Qué va á ser de ese niño, si se educa oyendo continuamente los íntimos secretos de un hombre agriado por la experiencia, y se enseña á no callar lo que la sociedad quiere que se calle ?

» — Nuestro hijo debe educarse lejos de mí, dije á su madre.

» Sofía ocultó el rostro entre las manos, pero sin protestar, como convencida de la necesidad del sacrificio. Blas, el criado que me enviaste, nos miraba estúpidamente, sin explicarse aquel dolor, mudo como su lengua, y mecía entre sus brazos al niño dormido. Yo paseaba hablando, como siempre, y de vez en cuando miraba á mi mujer, cuya frente tenía una blancura enfermiza que me alarmaba. Por fin, alzó Sofía el rostro, y sonrió ; pero aquella dulce y resignada sonrisa me dió miedo.

• » La salud de Sofía había ido decayendo al mismo

tiempo que mi alegría : la nube de recelos que levantó mi imaginación cuando la salida de Francisco, el monstruo de la sospecha que se había apoderado de mí, parecía también cebarse en aquella infeliz, cuyas mejillas enflaquecían y cuyas fuerzas se acababan.

» Sin embargo, sus caricias y sus extremos hacia mí, en vez de disminuir, aumentaban á medida que se ennegrecían mis ideas. Yo espiaba sus ojos á menudo para descubrir una mirada traidora, y sólo veía resignación, cariño y sentimiento. Sus lágrimas me hacían daño, y como si lo conociese, no lloraba en mi presencia : sólo más tarde conocí que lloraba cuando yo dormía.

» Por eso me quedé un día helado de espanto al verla cubrir de lágrimas el rostro de su hijo, que estaba en su regazo. ¡ Pobre Sofía ! Al querer dar al niño el alimento de su sangre, notó que la naturaleza, tratando sin duda de impedir que aquél bebiese la muerte en el pecho de la enferma, había agotado el seno de la madre.

» Cuando se convenció de su desgracia, estrechó convulsivamente al niño entre sus brazos, y su silenciosa garganta exhaló con voz desgarradora estas palabras : « ¡ Hijo mío ! »

» Después me miró asustada, y tuve que sostenerla entre mis brazos, porque cayó desvanecida.

» ¡ Mi mujer no era muda ! Había fingido hábil y constantemente su defecto, hasta que el amor maternal le arrancaba su secreto. Yo había sido espiado con esa estratagema y vilmente engañado : la ficción, no

me cabía duda, estaba preparada por Francisco, cómplice y participe en aquella acción inicua.

» Mientras pensaba todo esto, había vuelto en sí Sofía.

» Codiciaban mis riquezas. Acaso es la amante de ese hombre, dije mirándola con horror; pero mi mujer, levantándose con dignidad, me dijo con voz firme :

» — Ese hombre es mi padre. »

IX.

« No puedo decirte qué me extrañó más en aquel instante : si el verme convertido en yerno de mi criado, ú oír salir pausadamente de la boca de Sofía palabras claras y sonoras. Lo primero me humillaba como esos golpes de Estado que elevan repentinamente á jefe del país al que pocos días antes nos tomaba medida del pie para calzarnos. Lo segundo me aturdió como si el Mefistófeles de bronce que sostiene el reloj de mi alcoba abriese de repente los labios y cantase la serenata del *Fausto* como Vialeti ó como Selva.

» Sólo entonces comprendí que mi suegro D. Francisco López Vivo y mi ex-criado Francisco López eran un mismo sujeto, y quedó demostrada la inutilidad de los patronímicos (1) para distinguir á las personas :

(1) No comprendo la abundancia de esos apellidos que no son sino el nombre de alguno de nuestros abuelos : y digo que no los entiendo, porque siendo el patronímico el apellido usual antes del siglo x, veo que la mayoría de las familias ha ido prescin-

entonces me expliqué la ausencia de mi padre político en mi boda, pues no podía á un mismo tiempo presidir el acto y hacer el chocolate.

» — No he querido especular con tu riqueza, me dijo Sofía, con acento lleno de amargura : mi padre me había revelado tu triste situación, y compadecida quise conocerte. Me dió lástima verte dando paseos por la casa, hablando en alta voz, pasando con rapidez de una idea á otra, y siempre solitario, á pesar de tu juventud y de tu fortuna. Desde aquel día no dejé de preguntar por ti á mi padre con imprudente interés y sin reserva.

» — En tu mano está ser rica y dueña de esa casa, me contestó un día con misterio : no le comprendí al principio, pero en vez de indignarme el plan que me propuso y que me repugnaba, sólo vi en ello un medio de acercarme á tu lado, y lo acepté sin reserva. Crucé ante tu ventana á la hora en que acostumbabas á asomarte. Cuando me hablaste y oí de cerca tus pensamientos, y comprendí toda la extensión de tu desgracia, vi que necesitabas el apoyo de una mujer desinteresada y de un cariño verdadero. Me sentí con fuerzas para el sacrificio y me resigné á privarme de la voz y de la libertad para traer á tu casa un poco de alegría. Además, quería defenderte de la codicia de mi padre, cuyos ojos no se apartaban de tus bienes. Pero tu compañía es mortal ; ni un sólo día has dejado de sospechar de mi desinterés, ni de

diendo de ese inútil apéndice del nombre, para ostentar con orgullo el título de una población, el de una provincia ó el mote de alguno de sus antepasados.

atribuirme odiosas culpas. Yo me decía : — Son malos pensamientos que todo el mundo tiene. — Te he oído burlarte de mi simplicidad algunas veces ; recordar todos tus amores ; echar de menos otras mujeres ; pasar revista á mis defectos, quejarte de cansancio, y soñar en otra vida más feliz y menos monótona. Y á pesar de tus desprecios, he callado siempre.

» No la dejé concluir : me aterraba aquel tormento y me consideraba indigno de tan enorme sacrificio : evoqué mis recuerdos y bajé la vista avergonzado ante aquella mujer que había leído todos los misterios de mi alma, y besado mi frente, bajo la cual se revolvían tantos pensamientos criminales.

» Mientras la abrazaba con ternura, mi imaginación, en su incesante trabajo, decía sin querer al oído de Sofía :

» — Soy yerno de mi criado ; Francisco me ha casado con su hija, que es un ángel, pero que morirá tísica este otoño. »

X.

« Desde que salió de casa nuestro hijo aumentó la tristeza que se había apoderado de nosotros, y la enfermedad de Sofía caminó con increíble celeridad.

» — No llega al otoño, decía yo inadvertidamente en presencia de la enferma : sus pómulos parece que se afilan diariamente ; su rostro causa miedo ; las flores mueren con poesía, pero la mujer se marchita en una forma desagradable ; no comprendo la belleza

de la tisis, que sólo ofrece á la vista caras de muerto que nos miran y nos hablan.

» Durante mucho tiempo luché para que Sofía variase de clima acompañada de su padre, ó sola ó con la persona que eligiera ; pero se opuso tenazmente á mi proyecto. ¿ Manifesté deseos de que no aceptara, me enorgullecí con sus negativas, ó demostré desconfianzas ? No lo sé : ¿ quién recuerda todas sus ideas ?

» ¿ Eran éstas las que precipitaban su muerte ? Creo que contribuyeron á aumentar su postración. Sofía perdía sus fuerzas por momentos, oyendo las terribles observaciones que hacía en su semblante : creo que mi convicción de que las medicinas serían inútiles, la hizo despreciar toda clase de remedios. Sofía estaba resignada á morir prosaica y oscuramente, que es en la juventud la muerte más heroica. El militar que perece en la guerra, joven y lleno de vida, sabe, al expirar, que su muerte es bella y gloriosa, y al entrar en acción comprende que, aun cuando su cuerpo sea destrozado por una bala de cañón, sus restos desfigurados serán pedazos de héroe. No hacía mi pobre mujer alusiones á su muerte, ni me pedía flores para su tumba : moría sin quejarse, oyendo palabras crueles y verdades áridas, mezcladas de frases de consuelo y de cariño.

» Pero una tarde, en que me costó más trabajo que de costumbre llevarla hasta su butaca, no pude reprimir este pensamiento :

» — ¡ Cuánto pesa ! ¿ Tardará muchos días en morirse ?

» No puedo recordar sin doloroso remordimiento la mirada que me lanzó llena de melancolía.

» ¿Oyó aquellas palabras crueles? ¿Las oyó en la tierra ó en el cielo?

» No sé; porque cuando cogí sus manos para besárselas pidiéndola perdón, estaba muerta. »

XI.

« Estoy solo y no puedo resignarme á vivir en esta casa, donde el recuerdo de Sofía me acusa constantemente. Deseo el bullicio de los hombres, y ni aun me atrevo á ponerme en tu presencia : mi compañía mata ú horroriza. ¿ Soy un monstruo interiormente y un ser excepcional entre mis semejantes? ¡ Felices los demás hombres, que tienen don de esconder sus pensamientos.

» Tu desgraciado amigo,

JUAN. »

XII.

Había olvidado esta extraña carta cuando un día se abrió la puerta de mi despacho, y pálida y con el semblante taciturno, apareció la figura de Juan Claro, Quedé inmóvil de sorpresa esperando oír salir de la boca de mi amigo quejas y reproches, y un tumulto de ideas sin conexión y atropelladas. Juan, sin embargo, callaba, y en sus labios apuntaba una sonrisa

triste. Abrió sus brazos, y me precipité en ellos diciendo :

— Gracias á Dios que estás curado : ya puedes alternar con tus amigos.

Pero Juan no respondía, y su silencio no pudo menos de alarmarme.

— ¿ Estará loco? dije interiormente.

Juan Claro se sentó junto á mi mesa, tomó pluma y papel y me invitó á leer lo que escribía.

« Si pensases alto, escribió Juan, te verías apurado en este instante, porque el juicio que estarás formando de mí no puede serme favorable. »

Confieso que me ruboricé; yo le creía verdaderamente loco.

« Te explicaré rápidamente la causa de mi silencio, prosiguió escribiendo mi amigo. Algunos días después de la muerte de Sofía me avisaron de que mi suegro había pedido judicialmente un reconocimiento de facultativos, asegurando que yo había perdido la razón. Mi buen pariente deseaba encerrarme en Leganés, y administrar mis bienes en nombre de su nieto.

» El apuro era terrible : en el estado en que me hallaba, ningún médico hubiera certificado mi cordura, y urgía evitar aquel peligro, que me privaba de mis bienes y me arrojaba á un manicomio.

» Tomé un periódico de anuncios, escribí una carta á un médico, y poco después llegaba éste á mi casa, con un envoltorio bajo el brazo.

» — ¿ Trae usted todo lo necesario? dije al facultativo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UN
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

» — Sí, señor, contestó éste al momento. ¿Es usted compañero mío ó pariente del enfermo?

» — Soy el enfermo mismo, dije sacando un revólver y presentándosele al pecho. No tiemble usted, amigo; mi lengua está sana; pero me estorba y necesito que la corte usted acto continuo.

» — Es imposible, contestó el médico asustado. Me propone usted cometer un crimen de que sería responsable ante las leyes y ante mi conciencia.

» — Caballero, añadí interrumpiéndole, esta casa está aislada y tiene un pozo muy profundo. Ó se decide usted á operarme ó no vuelve usted á su domicilio.

» — Pero..... explíqueme usted al menos la causa de esa extraña determinación...

» — Entonces referí al facultativo la situación en que me hallaba : sin duda me tomó por un monomaniaco, y fingiendo acceder á mis deseos, tomó el bisturí y se dispuso á simular que me operaba.

» Conocí su intención y naturalmente se enteró también el médico de lo que pensaba, y de que yo no ignoraba los instrumentos necesarios para aquella amputación, ni la precaución de enganchar la lengua, y supo mi resolución de no sufrir sus burlas. Me oyó atribuir á codicia su resistencia, y al propósito de ser sobornado á fuerza de dinero, y se sentó diciendo :

» — Puede usted matarme; pero no cometo el crimen.

» — ¡ Calle! dije entonces reconociéndole : en buenas manos he caído : este médico es Nuño, mi antiguo condiscípulo : si no ha presenciado una amputación

como la que le propongo, no se determinará á probar fortuna. Su especialidad es repetir todo lo que oye y ejecutar todo lo que ve : es un mono sabio.

» — Sepa usted que no tolero esos insultos, dijo Nuño levantándose.

» — Corte usted ó le levanto la tapa de los sesos, en lo que la facultad no perderá nada.

« Pues bien, me decido, dijo el médico preparando los instrumentos; pero conste que no es el médico, sino el hombre ofendido el que le corta á usted la lengua.

XIII.

Juan Claro había abierto la boca y me enseñaba una cavidad deforme, de la que aparté la vista con disgusto.

« Ahora soy una persona juiciosa, continuó escribiendo el desdichado : los médicos forenses me han dado la razón, y soy más cuerdo que tú, pues tengo la certificación entre mis papeles : mis amigos me aprecian, y hasta Nuño come una vez en mi casa todas las semanas.

» — Aquí está el cuerpo del delito, escribió Juan sacando un frasco, dentro del cual se conservaba su lengua entre alcohol.

» Este es el instrumento con que di muerte á Sofía, prosiguió sollozando : antes no podía vivir entre los hombres : hoy todos me buscan y me aprecian; y sin embargo, soy el mismo.

» ¿Qué he hecho conmigo? Lo que los gobiernos hacen con la prensa cuando piensa demasiado en alta voz: cortar la lengua á los periódicos. Yo he sometido mi pensamiento á la previa censura. »

Después guardó el frasco, y escribió estos últimos renglones:

« Sólo alguna que otra vez me estremece el considerar que todos, desde el nacer hasta el morir, para Dios pensamos alto.

Como mi amigo estaba triste, procuré distraerle, recordándole los días risueños de la infancia; pero rara vez pude lograr ver en su rostro una sonrisa.

Al cabo de un rato Juan Claro me estrechó la mano y salió de mi habitación llevándose la lengua en el bolsillo.

(Agosto de 1874.)

LA PRINCESA LULÚ

POR

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA